

Carlos Liscano y la interminable escritura para ser

Entrevista concedida a Selomar Claudio Borges¹

369

Carlos Liscano, escritor uruguayo de talento reconocido en grandes centros culturales como Francia, España y Suecia, donde sus obras tuvieron excelente recepción crítica, y que también ha publicado varios libros con sus dibujos y pinturas, concedió esta entrevista entre mayo y comienzos de junio de 2019. Inicialmente, los cuestionamientos se dirigieron hacia sus actividades más recientes, en especial, los años tras sus últimas publicaciones. Asimismo, casi como una exigencia, el diálogo se encaminó hacia el trabajo del escritor y de la escritura, temas caros en la obra de Carlos Liscano, así como el siempre presente espectro de la cárcel. Y, motivo de destaque, el anuncio de su próxima publicación.

Selomar Borges: Tus últimas publicaciones de textos inéditos son del 2015 con *Vida del Cuervo Blanco* y del 2016 con *Apuntes de la cárcel*. ¿Qué has hecho en este tiempo en que no has publicado?, te pregunto consciente de que la creación de un artista no se resume a lo que publica.

¹Doctor en Literatura por la Universidade Federal de Santa Catarina. Profesor en el Instituto Federal de Santa Catarina.

Carlos Liscano: Estos últimos cuatro años, desde 2015, han sido intensos y duros, en lo familiar, en lo laboral. En 2015 el presidente de la República me nombró director de la Biblioteca Nacional, cargo que ejercía desde 2010. Si bien me alegraba continuar con el proyecto que habíamos elaborado con mis colaboradores y la expectativa de terminar algunos trabajos empezados, había dos hechos que me hacían dudar si aceptaba o no el cargo. El primero, la ministra de Educación y Cultura que iba a ser mi jefa es una persona ajena a la cultura, además de inescrupulosa y falsa. Ya habíamos tenido problemas hace años y era seguro que volveríamos a tenerlos. Lo segundo, y mucho más importante, era la enfermedad de Maria Carme, mi mujer. No obstante fue el apoyo de Maria Carme el que me hizo aceptar. En mayo de 2015, dos meses después de asumir la dirección de la BNU por segunda vez, la ministra me pidió la renuncia. Como no renuncié me hizo despedir por el presidente. Fue un conflicto político menor que se divulgó en la prensa y que me incomodó mucho. Un año después, en mayo de 2016, murió Maria Carme. Desde entonces hasta ahora han ocurrido muchos cambios que no vale la pena contar. Entre otros, me mudé de casa. Esta introducción un poco larga es para decir que no han sido tiempos propicios para la escritura.

Cuando en 2015 se presentó *Vida del cuervo blanco* me dije que sería mi última publicación en vida. Y así ha sido, aunque no he dejado de escribir. Hoy me doy cuenta de que en este tiempo he escrito mucho. Tal vez como forma de enfrentar la adversidad, la escritura ha sido un refugio. También he seguido con los dibujos y pinturas.

Selomar Borges: En la primera mitad de la década presentaste importantes y variadas publicaciones: libros de dibujos (*La libreta negra* de 2011, *La libreta de cuero* y *Viaje a la noche* de 2014), pura ficción –por así decirlo– con *Le lecteur inconstant suivi de Vie du corbeau blanc* de 2011; ficciones del escritor con *El escritor indolente* de 2014. Con el cese de publicaciones, ¿puede que hayas proyectado, o por lo menos lo hayas cogitado, la clausura de algo, sea de un ciclo, sea de tu producción artística con fines de publicación?

Carlos Liscano: *Vida del cuervo blanco* se publicó en 2015, pero ya había sido publicada antes en francés en 2011. Cuando en 2014 se publicó mi último libro, *Escritor inconstante*, sentí que ya no escribiría más ficción. Entrevé que la reflexión sobre la escritura, empezada treinta años antes, se había acabado. O yo no era capaz de llevarla más allá de donde había llegado. Por ese motivo en 2015 empecé a escribir, a mano, textos que no son ficción ni reflexión. Oscilan entre el diario, la anécdota y las experiencias de la edad madura. Pero de a poco empezaron a surgir pequeñas historias que, por pereza, las agregué en lo que ya estaba escribiendo, que se llama *Cuaderno Esselte*, porque es un cuaderno de esa marca.

Tal vez si hubiera querido publicar lo habría conseguido. Creo que algunos trabajos recientes podrían ser publicables. Pero he sentido un poco de pudor. Me pregunto qué significado podría tener que se editara otro libro mío. Sería apenas un libro más, que no agregaría nada al conjunto de mi trabajo. Creo que también la crítica lo tomaría así.

371

Selomar Borges: ¿Cuándo empezaste a escribir en la cárcel, ya pensabas publicar tus textos? O mejor, ¿cómo es tu relación con la publicación? ¿Publicar es un imperativo?

Carlos Liscano: Es claro que uno escribe para publicar. También lo pensaba así cuando escribía en la cárcel. En estos años he jugado con la idea de que escribo para una edición póstuma. Aunque en el último año he recibido consultas de editoriales que me ofrecen publicar y hasta he tenido presiones familiares y de amigos. Me dije a mí mismo que intentaría publicar cuando cumpliera setenta años, cosa que ocurrió hace un par de meses. Pronto se editará una libreta de dibujos y textos que se llama *La interminable*. Será mi primera publicación desde 2015.

Selomar Borges: En 2013 se publicó, a través del Núcleo Onetti, centro de investigaciones coordinado por Liliana Reales, un libro con textos críticos sobre tu obra. Quizá haya sido el primer publicado en este formato. Sin embargo, no son nada recientes los estudios sobre tu producción artística,

incluso varios académicos. ¿Cómo manejas este interés por tu obra? El cuestionamiento me parece significativo en la medida que tus textos son también construcciones críticas, y, además, hay una notada contaminación de la teoría en ellos.

Carlos Liscano: Leo los trabajos de los críticos con mucha atención. Al hacerlo siento un poco de pudor. Porque pienso que esa gente ha puesto su talento, su larga formación y su tiempo para estudiar textos míos y yo no creo que lo merezcan. Alguna vez me sorprende la agudeza de la mirada de los críticos que ven en mis trabajos, acertadamente, cosas que yo no había pensado. Encuentran relaciones, significados que yo no había visto. Pero no siento que, al menos conscientemente, la opinión de los críticos influya en mi modo de escribir. Puede ocurrir que yo insista en repetir formas que la crítica elogia, pero no lo hago de modo consciente.

Respecto a los aspectos que podríamos llamar “teóricos” que hay en mi obra y que la crítica destaca, es algo que me sorprende. Yo no soy teórico ni tengo formación como para serlo. Lo que parece “teoría” es el intento de responder a las preguntas que el ejercicio de escribir me impone. No son respuestas a esas preguntas sino solo reflexiones un tanto primitivas a interrogantes simples y por momentos angustiantes.

372

Selomar Borges: El presunto ciclo que va del comienzo la década en curso hasta su mitad, ¿qué enseña?

Carlos Liscano: Como digo más arriba, en 2014 llegué a la conclusión de que ya había dicho todo lo que era capaz de decir. Que la reflexión en torno a la escritura comenzada en 1982 se había acabado. Porque, y esto lo pienso ahora, yo escribí durante treinta años buscando definirme como sujeto. De ahí, en parte, ese aspecto “teórico” que aparece en mis trabajos. Son pensamientos en torno a preguntas elementales que el oficio de escribir impone: ¿por qué escribo, para qué? Y la mayor de todas: ¿quién soy? Preguntas que, a mi entender, no tienen respuesta. Lo que ocurrió en 2014 fue que me di cuenta de que ya no era capaz de seguir tratando de responderme. Preguntar ¿quién soy? es, creo yo, la principal interrogante de

todo individuo. Lo que ocurre es que al escritor, por lo menos a mí, la escritura lo desestabiliza. ¿Este soy yo, esto que va quedando en el papel? ¿Y por qué soy así y no de otro modo, por qué necesito verme escrito?

Selomar Borges: No está demás pensar que al referirse a la última década tus producciones vienen tras fundamentales libros y, por así decirlo, de diversos formatos o géneros, desde *La mansión del tirano*, pasando por el ápice de un *El camino a Ítaca*, o aún de *El furgón de los locos* y *El escritor y el otro*, textos que, en principio, serían bastante disímiles entre sí. ¿Esas diferencias denotan una proposición consciente tuya en distanciar una producción de la otra?

Carlos Liscano: Tal vez haya una intencionalidad, pero por la negativa. Sé, creo que desde el comienzo, qué es lo que no quiero escribir. Tal vez no es solamente que no quiera, sino que sé qué no soy capaz de escribir. Esto tiene que ver con una idea que dice que la creación está en los límites del territorio, allí donde uno sale de los caminos conocidos y empieza la exploración a campo traviesa. Es decir: uno puede proponerse escribir una novela policial, una novela histórica, y hacerlo muy bien, profesionalmente. Eso, como lector, me parece respetable, pero no me interesa (o no soy capaz de hacerlo) como escritor. Me interesa, me desafía, llegar al límite, poner un pie fuera del territorio, meterme en sitios que no conozco. Sé que no voy a lograrlo, pero lo intento, y el intento queda. El riesgo de equivocarse es enorme, pero es lo que me gusta, el riesgo. Lo que hay que evitar en este modo de ver el oficio es la soberbia de creerse original, de sentir que uno ha descubierto tierras inexploradas. Nunca es así porque ya todo ha sido explorado. Para seguir con la imagen: cuando uno cree que está iniciando un camino nuevo, a poco andar descubre que ya otros pasaron por él.

Selomar Borges: Me enviaste el texto inédito denominado *La interminable*. ¿Podrías comentar más acerca de ello?

Carlos Liscano: *La interminable* es un “juguete” gráfico. En 2010 se cumplieron 30 años de la Feria del Libro de París. Invitaron a 30 escritores

de todo el mundo, yo fui uno de ellos. Allí me regalaron una libreta muy linda. En 2011 empecé a dibujar en ella. Me proponía contar gráficamente cosas del señor Azul y su esposa. A las pocas páginas la abandoné. Meses después la retomé sin plan, o con el plan de que no tuviera ninguno. Durante nueve años la intervine. Usé dibujos, textos, collage y materiales diversos, tinta, lápiz, acrílico, crayola. En un momento pensé que podía seguir con ella indefinidamente, hasta llenar cada centímetro cuadrado de papel. De ahí viene el nombre de “interminable”. Hace unos meses decidí publicarla, bajo mi costo. No sé por qué lo hago, es una especie de capricho. Es como un diario gráfico de ocho años de mi vida.

Selomar Borges: La manera de registro de los tramados textuales que forjas, que es significativa en el curso de tu obra – recordemos, por ejemplo, los *papelitos* de la cárcel –, me hace acordar, pensando en tiempos menos pretéritos, de “Carta a un muchacho”, texto que leí en el Facebook. También llevabas un blog, ¿verdad?

374

Carlos Liscano: Ese texto (Carta para un muchacho) fue escrito el 20 de mayo de 2015, de noche, el día que en Uruguay se realiza la marcha por los desaparecidos. Lo publiqué en Facebook en aquel momento. Ahora, a raíz de otro 20 de mayo, volví a publicarlo. Lo recogió un periódico del interior (El Eco de Nueva Palmira) en su edición digital.

Aclaración: hace unos años dejé de participar en la marcha por los desaparecidos. No puedo, me afecta, me pone mal. Yo pude ser uno de ellos y me salvé. No participo para no sentirme mal y entonces me siento peor. Ni siquiera soy capaz de ir a una simple marcha para recordarlos, para pedir justicia para ellos. Tal vez escribí para acomodar el cuerpo y no sentir que estoy abandonándolos.

Publico a veces alguna cosa en FB, pero no creo que sea el medio adecuado para difundir literatura. Respecto al blog, tuve uno, pero no lo continué. No era para mí.

Selomar Borges: Hace no mucho le escuché a Galeano decir que escribir, para él, es (era) una fiesta. Aunque ya discutimos hartito la necesidad que es

escribir para ti, desconfío que no se trata exactamente de ser una fiesta. ¿Todavía encaras la escritura como un ejercicio, en cierto modo, doloroso?

Carlos Liscano: No me hartan las preguntas sobre la labor del escritor. Yo me las hago todo el tiempo y he escrito sobre eso, quizá demasiado. Todavía me pregunto por qué escribo, para qué. La respuesta a esas preguntas, como ha de ocurrir a todo el mundo que mira lo esencial de su vida, no tiene ninguna relación con “fiesta”. Son preguntas que desestabilizan porque uno no encuentra justificación para hacer esto y no lo otro o no hacer nada. Pero no siento que yo sea un individuo atormentado, un “sufridor profesional”. Lo que ocurre es que las preguntas de por qué y para qué uno escribe (o hace lo que hace) tienen que ver con el centro de la existencia y eso pone en duda al individuo, le desmonta los planes, lo hace verse de la peor manera. Después de *Escritor indolente* llegué a una estabilidad precaria porque resolví que ya no intentaría escribir más ficción. No he dejado de escribir, incluso algunos textos de ficción, pero sin ningún plan. Tal vez se deba a que superé la etapa en que quería ser escritor, en que quería que mi trabajo se conociera. Dejé la vanidosa aspiración al reconocimiento (aunque uno nunca pueda liberarse de ella del todo). Tal vez porque creí que ya tenía reconocimiento o porque entendí que nunca lo lograría. Desde entonces escribir es menos doloroso. Sé que no tengo respuesta para aquellas preguntas. O tengo más de una, lo que lo vuelve una especie de paradoja. Creo que he escrito para ser, con o sin reconocimiento. La escritura es el centro de mi vida, aunque también sé que eso solo significa algo para mí. Bien pude dedicarme a otra cosa y el resultado para los demás habría sido el mismo.

375

Recibido em: 22/07/2019

Accito em: 30/10/2019